

Francisco Romero

Censura

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

La obra se desarrolla en una pequeña oficina donde trabajan tres censores. La acción se sitúa a principios del año setenta y cinco, cuando se sabe que el régimen de Franco no va a ser eterno y algunos creen que la censura acabará en muy poco tiempo.

Personajes:

GUTIÉRREZ. Es un padre de familia de cuarenta y cinco años.

CARRANZA. Soltero de treinta y seis años con cierta fama de vividor.

ONTIVEROS. Soltero de cuarenta y seis años que vive con su madre.

PRIMERA ESCENA

Entra Gutiérrez en el despacho. Lleva varias carpetas bajo el brazo y una merendera en la otra mano. Deja las carpetas en su mesa, mete la merendera en un pequeño armario y coloca la gabardina en el perchero. Se sienta y comienza a revisar las carpetas con desgana. Entra Carranza.

CARRANZA. Buenos días, Gutiérrez.

GUTIÉRREZ. Buenos días.

CARRANZA. ¿Qué tal ha ido el fin de semana?

GUTIÉRREZ. (Con desgana.) Bien.

CARRANZA. Parece usted cansado. ¿Ha sucedido algo?

GUTIÉRREZ. No ha pasado nada. El fin de semana ha sido muy tranquilo, como siempre. Comida familiar en casa de mis queridos suegros, interesante partida de pocha durante el café, con nueva victoria de mi entrañable suegra, que, por cierto, una vez más volvió a hacer trampa en la puntuación.

CARRANZA. ¿Y no reclamó?

GUTIÉRREZ. ¿Pero usted sabe lo que dice, Carranza? ¿Acusar a mi suegra de que es una tramposa jugando a las cartas?... Una vez lo hice.

CARRANZA. ¿Qué paso?

GUTIÉRREZ. Que simuló uno de sus habituales patatús, lo que supuso que se derramara una taza de café hirviendo en mis pantalones, con el consiguiente quemazón; y que el contenido de su copa de anisete, casualmente, volara hasta mi cara.

CARRANZA. Lamentable.

GUTIÉRREZ. Además, tuve que soportar severas críticas del resto de la familia por provocar tal disgusto a una indefensa anciana como doña Leoncia. No, Carranza, usted no está casado y no sabe lo que supone tener que enfrentarse a la ira de las suegras.

CARRANZA. Espero no tener que saberlo nunca.

GUTIÉRREZ. Es usted un lince. A veces le envidio por ser tan libre, aunque no crea que siempre. Yo no podría soportar su demoledor tren de vida.

CARRANZA. Cuestión de costumbre.

GUTIÉRREZ. Por cierto, ¿qué tal le ha ido el weekend? ¿Sigue tan arrollador como siempre?

CARRANZA. No ha estado mal. El viernes me invitó una amiga a una cena privada de cumpleaños, muy privada, solos ella y yo en su apartamento. No sé si se podrá imaginar...

GUTIÉRREZ. Creo que puedo imaginarlo.

CARRANZA. Entonces no será necesario entrar en detalles.

GUTIÉRREZ. Mejor no conocerlos.

CARRANZA. Y el sábado acudí a la fiesta de presentación de la Productora Atlantis. Ya sabe, la que mandó invitaciones.

GUTIÉRREZ. Sí, creo que las vi en la mesa de don Alberto. ¿Había mucha gente importante?

CARRANZA. Un ambiente increíble. Muchos actores famosos e infinidad de hermosas jóvenes a la espera de una oportunidad para convertirse en estrellas de cine.

GUTIÉRREZ. ¿Y qué hizo usted? Porque supongo

que haría algo importante, dado su glorioso currículum con el sexo femenino.

CARRANZA. Usted sabe que me gusta ayudar, y cuando alguna de las chicas se entera de que soy un miembro importante de la industria del cine, enseguida quieren hablar a solas conmigo.

GUTIÉRREZ. ¿En verdad les decía usted eso a las jóvenes?

CARRANZA. Por supuesto, y no mentía. Usted, yo y Ontiveros formamos parte de la élite del cine nacional, y de la cultura.

GUTIÉRREZ. Le juro que jamás lo había contemplado de esa manera.

CARRANZA. Eso se debe a que usted es un tanto negativo con su trabajo. Es cuestión de aplicar un pensamiento positivo.

GUTIÉRREZ. Sigo sin entenderlo.

CARRANZA. En el cine los más conocidos son los actores y las actrices, aunque por encima de ellos están los directores, y más arriba los productores, que

son los que ponen el dinero. Pero, ¿quién está por encima de todos ellos?

GUTIÉRREZ. Supongo que el Subdirector General de Ordenación de Empresas Cinematográficas, y por encima de todos, el Ministro de Información y Turismo.

CARRANZA. No, eso es lo estipulado en las ordenanzas. Por encima estamos los que ellos más temen y en los que más piensan cuando hacen las películas: nosotros, la censura.

GUTIÉRREZ. (Sorprendido.) ¿Usted se atreve a decir en público que es censor? En mi familia solo lo sabe mi señora. Jamás me he atrevido a decírselo a mis hijos...

CARRANZA. ¿No?

GUTIÉRREZ. A su edad ya hablan de falta de libertad. Se quejan de que haya películas cortadas o prohibidas. Si se enteraran de que soy censor, creo que me odiarían. Siempre digo que soy asesor cultural del ministerio...

CARRANZA. Es cierto.

GUTIÉRREZ. Es terrible cuando uno tiene que ocultar su trabajo, como si se tratase de algo clandestino y vergonzoso. Le admiro si usted se atreve a decirlo públicamente y afrontar la responsabilidad que conlleva tan denostada profesión como la nuestra.

CARRANZA. Hombre, tampoco hay que dar más información de la necesaria.

GUTIÉRREZ. No entiendo.

CARRANZA. Me limité a decir que todos los productores vienen a pedirme asesoramiento antes de hacer una película. Con el pensamiento positivo uno busca el beneficio, no cavarse una tumba, y si esas preciosidades me piden que les eche una mano...

GUTIÉRREZ. Usted les pone las dos, como si lo estuviera viendo.

CARRANZA. Más o menos.

GUTIÉRREZ. Con su escandalosa vida de viva la virgen, algún día va a tener un disgusto muy serio. La salud se resiente con tantos excesos, sobre todo la próstata, y uno no puede pasarse la vida embaucando a muchachas ingenuas. Es inmoral y peligroso.

CARRANZA. No tan ingenuas, que todas son mayores de edad y saben muy bien lo que hacen. Y no vaya usted a pensar que soy un Casanova pervertido. Nunca he pretendido aprovecharme de una mujer, de todas me he enamorado, pero es una pena que este sentimiento sea tan efímero. Ya sabe, cuando la sangre hierve...

GUTIÉRREZ. La mía siempre ha estado templadita.

CARRANZA. ¿Entonces no sabe?

GUTIÉRREZ. Prefiero no saberlo, y espero que mi hija tampoco lo sepa y no caiga nunca en las redes de alguien con sangre hirviente y romances efímeros.

CARRANZA. No se preocupe. Las nuevas generaciones saben muy bien lo que quieren.

GUTIÉRREZ. Es que usted es un peligro público. Se da cuenta de que si algún día se decidiera a hacer un guión con sus memorias tendríamos que censurarlo en su totalidad por el mal ejemplo social que supondría.

CARRANZA. El censor censurado, no sería un mal título.

GUTIÉRREZ. Interesante.

CARRANZA. Lástima que nunca haya tenido veleidades de escritor como nuestro entrañable Ontiveros. Yo prefiero vivir intensamente cada momento antes que teorizar sobre lo que se ignora.

GUTIÉRREZ. (Mirando el reloj.) Es muy extraño que no haya llegado todavía, con lo puntual que es.

CARRANZA. Seguro que llega y dice: (Cambia el tono de voz.) Muy buenos días, caballeros. Es posible que ustedes piensen que me he demorado en el inicio de mi ajetreada jornada laboral y que ello se trata de una grave negligencia por mi parte, pero he de informarles que Luciano María Ontiveros y García Bustamente jamás ha faltado a sus obligaciones, y mi inevitable y circunstancial demora se ha debido a que he tenido que dar cuenta personalmente...

Entra Ontiveros. Carranza se calla y disimula.

ONTIVEROS. Muy buenos días, caballeros.

Carranza y Gutiérrez le devuelven el saludo.

ONTIVEROS. Es probable que ustedes conside-

ren que me he retrasado en el comienzo de mi jornada laboral, y que ello supone una lamentable desconsideración hacia mis colegas, pero he de informarles que Luciano María Ontiveros nunca ha faltado a sus obligaciones, y mi eventual demora se ha debido a que he sido citado para dar cuenta personalmente a don Alberto Murillo de la interesantísima reunión que mantuve con su eminencia el señor obispo y otros altos miembros de la prelatura sobre temas de enorme trascendencia en el devenir espiritual de la nación...

GUTIÉRREZ. Por favor, Ontiveros, sabe muy bien que nunca tiene que justificarse antes nosotros. Comprendemos que por la extremada responsabilidad de su situación ha de asumir una serie de obligaciones...

CARRANZA. (Siguiendo a Gutiérrez.) ...extraordinarias, que, sin embargo, se trata de un gran sacrificio que realiza gustoso por el bien moral de una comunidad que se ve acosada continuamente por la prolijidad pecaminosa que nos inunda.

ONTIVEROS. Ciertamente, muy cierto, me han quitado las palabras de la boca. Es un alivio encontrarse apoyado por los compañeros.

GUTIÉRREZ. ¿Y qué le ha dicho a don Alberto?

ONTIVEROS. Por favor, caballeros, comprenderán que un servidor cuando se trata de temas de tanta importancia, en los que se ven inmersos personalidades de la talla humana y moral que he mencionado, sea enormemente discreto, sobre todo cuando estamos en vísperas de importantes cambios. Además, yo no podría expresar con mis pobres palabras toda la grandeza de lo que dicen tan importantes autoridades.

CARRANZA. No peque usted de modesto ante nosotros, Ontiveros, que conocemos muy bien la talla literaria que están alcanzando sus sermones. Dicen que son un prodigio de la dialéctica. Un digno sucesor de Aristóteles, Santo Tomás y Spinoza.

ONTIVEROS. Eso es innmercido y me abruman con sus calificativos desmesurados.

GUTIÉRREZ. ¿Cuántos hermosos sermones lleva ya escritos?

ONTIVEROS. Seiscientos veintitrés para ser exactos, incluyendo el que escribí la pasada semana y que podría ser idóneo para pronunciarse en el domingo de

Pentecostés.

GUTIÉRREZ. No sé por qué no los registra todos y los publica en un libro. Al menos podría cobrar derechos de autor cuando fueran utilizados por los curas durante la misa.

ONTIVEROS. ¡No me tiente con la vanidad, Gutiérrez, no me tiente! Ese es el más ruin de los pecados. Este humilde servidor no ambiciona el reconocimiento público ni los bienes materiales que puedan proceder de una obligación moral. Eso es soberbia... Sin embargo, puede que tenga una modesta habilidad...

CARRANZA. Gran capacidad.

ONTIVEROS. Digamos que cierta valía.

GUTIÉRREZ. Y prodigiosa técnica.

ONTIVEROS. Son ustedes terriblemente lisonjeros con quien no lo merece.

CARRANZA. Es la verdad.

ONTIVEROS. Por favor, no sigamos con este tema que me ruborizo... Aunque si he de ser sincero, tengo que decirles que no me importaría que algún día se

podrían ver recopilados en un volumen. Como legado póstumo naturalmente, para que las futuras generaciones supieran que hubo un humilde servidor que se esforzó para que ellos pudieran ser mejores y crecieran en paz con Dios.

CARRANZA. Unas palabras muy hermosas.

GUTIÉRREZ. Y sinceras.

ONTIVEROS. Bueno, dejémoslo. Creo que en estos momentos todos tenemos suficientes ocupaciones pendientes como para dedicarle el tiempo por que el nuestro gobierno nos remunerara convenientemente. ¿Ha llegado algo nuevo?

GUTIÉRREZ. He recogido otro montón de textos esta mañana.

ONTIVEROS. ¿Ningún certificado para mí?

GUTIÉRREZ. No, no he visto nada para usted. ¿Espera algo en especial?

CARRANZA. ¿Tal vez un ascenso?

ONTIVEROS. No podemos hacer especulaciones sobre ese tema. (A Gutiérrez.) ¿Qué novedades ha-

bía en el correo?

GUTIÉRREZ. Aún no lo he podido examinar con detalle. Pensaba añadirlo a la lista de temas pendientes.

Carranza coge una carpeta.

CARRANZA. ¡Vaya! Sí se trata del nuevo guión de Gregorio Miranda: «El tenebroso grito de ultratumba».

ONTIVEROS. Otra vez ese degenerado de Miranda. Seguro que se trata de algo perverso.

CARRANZA. Habrá que leerlo antes para realizar un juicio.

ONTIVEROS. Reconozco que tengo cierta animadversión contra ese individuo desde el agrio enfrentamiento que mantuvimos cuando nos vimos obligados a rechazar su historia de las lujuriosas vírgenes caníbales por las altas cotas de depravación que contenía.

GUTIÉRREZ. Yo me encargaré de revisarlo. Aunque tendrá que esperar al menos dos semanas. Tengo

un montón de historias antes que esa.

CARRANZA. Es imposible mantenernos al día con todo lo que nos llega, parecería que hubiera infinidad de artistas en este país...

ONTIVEROS. Nación, Carranza, nación.

CARRANZA. Por supuesto, nación. Y en esta nación todos están deseando que les rechacemos algo para elevar su prestigio.

GUTIÉRREZ. Es el signo cambiante de los tiempos.

ONTIVEROS. Y que conste que nosotros no nos podemos quejar, porque los de la prensa están mucho más agobiados y siempre tienen que ir al día con todas las publicaciones aberrantes que les llegan repletas de artículos blasfemos y de pésimo gusto.

GUTIÉRREZ. Siempre es un consuelo que haya alguien que esté peor que uno.

CARRANZA. Sigamos mirando. (Coge otra carpeta.) Aquí hay una historia de doña Concha Madrazo: «El santo cilicio y la inmaculada llaga».

ONTIVEROS. Esa no habrá ni que revisarla porque doña Concha es un prodigio de mesura y moralidad. Ni a una coma suya se le pueden poner reparos, y qué forma de colocar los paréntesis, parecen conchas bautismales que nos limpian de todo pecado.

GUTIÉRREZ. Menos mal que la podemos obviar, porque no hay quien aguante los ladrillos que escribe la buena señora, a pesar de sus sublimes paréntesis.

CARRANZA. Ni productor que se arriesgue a poner un duro para realizar esas historias. Pero se ve que a tan gran señora le hace mucha ilusión mantenernos entretenidos.

ONTIVEROS. Están ustedes muy equivocados. Los textos de doña Concha son lecturas de referencia en nuestras reuniones religiosas, en las que por cierto no estaría de más que ustedes asistieran. Sobre todo usted, Carranza, que con la vida disoluta que lleva, supone un fatal ejemplo de cara a la tremenda responsabilidad social que ha adquirido.

CARRANZA. Yo es que...

ONTIVEROS. (Cortándole.) No hay excusa que

valga. No se puede ser censor y llevar una vida completamente censurable. Aunque no crea que con esto pretendo menoscabar su capacidad laboral, que me parece notable. Sólo digo que el ejercicio de la moderación, la meditación profunda y el intercambio espiritual que se realizan en nuestras reuniones le podrían hacer un gran bien a su alma.

GUTIÉRREZ. A Carranza parece que le gustan más otro tipo de intercambios menos espirituales.

ONTIVEROS. Sé muy bien que prefiere aquello más pecaminoso que se adentra en los muy perniciosos terrenos de la lascivia.

CARRANZA. Yo prefiero llamarlo amor, es mucho más sencillo.

ONTIVEROS. Amor, nada menos que amor. Si usted supiera todo aquello que engloba esa magnífica palabra que ha sido tan ultrajada y profanada por aquellos que han hecho auténticas barbaridades en su nombre. No hay más que examinar los expedientes que hemos levantado en los últimos años, y que solo suponen la punta del iceberg de la inmensa cruzada limpiadora que tenemos sobre nuestras espaldas.

CARRANZA. Me parece que esa cruzada está dando sus últimas bocanadas. En muy poco tiempo lo que estamos haciendo no tendrá sentido y todos estaremos en la calle y sin recibir una felicitación por los servicios prestados.

ONTIVEROS. (Indignado.) Pero, ¿se da usted cuenta de lo que está diciendo?

CARRANZA. Sí, que la censura tiene los días contados. La época de la libertad de expresión se está acercando. Nada podrá evitarlo, aunque pueda pesarnos a los que trabajamos en esto.

GUTIÉRREZ. Me temo que Carranza puede tener razón, y me preocupa nuestro futuro. Nadie querrá contar con aquellos que tengamos fama de inquisidores. A nosotros será a los que se nos queme en las hogueras de la libertad, no a los máximos responsables. Ellos siempre encontraran una salida airoso y un cargo que ocupar.

ONTIVEROS. (Muy alterado.) ¡Jamás! Eso no ocurrirá nunca. Sería el fin del mundo, el Apocalipsis. Una civilización no puede vivir sin una conciencia moral, sin guías que le indiquen el camino a seguir dentro de

la rectitud y la honestidad.

CARRANZA. Habrá otros guías y otras formas de rectitud. Cada época tiene sus propios dogmas y los guardianes que los defienden de los que se los saltan. No tenemos elementos de juicio para asegurar que la nuestra sea la única verdad.

ONTIVEROS. Tiempos de perversión y concupiscencia sin límite se acercan, y más necesarios que nunca seremos aquellos que conocemos el camino verdadero. Qué adecuado al caso será el sermón que me ha pedido, nada menos que monseñor Povedilla, para tenerlo de referencia en la homilía que ha de dirigir a los fieles en el tercer domingo de Adviento. Qué gran honor me ha hecho con esa petición, un sermón mío en la catedral y pronunciado por el mismísimo prelado.

GUTIÉRREZ. ¿Cuál es ese sermón?

ONTIVEROS. El número quinientos noventa y tres, uno de los que me siento más orgulloso. Reconozco que en aquellas fechas me encontraba especialmente inspirado y las palabras fluyeron por mi pluma con gran precisión.

CARRANZA. ¿Puede leerlo?

ONTIVEROS. Tengan en cuenta que no se trata del recinto más adecuado, y tampoco sería conveniente reventarle la primicia a monseñor Povedilla. Aunque sí me gustaría leerles un pequeño fragmento que puede ser muy indicado para la ocasión. Creo que guardo una copia por aquí. Voy a buscarlo.

Ontiveros abre un armario y mira entre los distintos archivadores.

ONTIVEROS. «Hordas de concupiscencia» lo titulé.

CARRANZA. Muy buen título.

GUTIÉRREZ. Y sugerente.

ONTIVEROS. Sí, aquí está. (Mientras lo examina.) A ver si encuentro el fragmento... Este es.

Se acomoda como si fuera a leer ante una importante audiencia.

ONTIVEROS. (Leyendo.) Bajo la bandera de lo que unos pocos llaman progreso y libertad, se esconden las más aberrantes intenciones. Intenciones os-

curas, abyectas y pecaminosas que tienen como fin socavar la esperanza en nuestras instituciones y desgarrar la pacífica convivencia y hermosa armonía con que vive esta sociedad libre y unida bajo el infinito amor de nuestro creador. Yo me pregunto: ¿Qué se esconde bajo esas palabras que vociferan los herejes? Hablan de ellas como si fueran sus creadores y los únicos capacitados para pronunciarlas. Es muy fácil decir yo soy libre y progresista, pero ese es un argumento falaz para aquellos que llevamos tantos años viviendo en el progreso y la libertad. La auténtica pregunta es: ¿Qué es el progreso y la libertad? Esos melendados que toman drogas dirán que es pasarse todo el día tirado a la bartola diciendo cuatro sandeces o insultos a personas e instituciones honestas e intachables. Sí, hermanos, eso es lo que ellos llaman progreso y libertad, y se creen importantes, unos grandes revolucionarios que desean que el mundo les rinda pleite-sía. Y ahora reflexionemos por unos instantes... ¿Acaso no hay mayor progreso que el que se produce a través del trabajo honesto de los ciudadanos?, y ¿no hay mayor libertad que la que otorga estar en paz con Dios? Dígame alguno de ustedes si estoy equivocado. ¿Verdad que no, que bastan estas sencillas palabras para

desenmascarar a los impostores de la verdad? Hor-
das de concupiscencia procedentes de la pÉrfida Eu-
ropa nos acechan. ¿Por qué lo hacen? Por envidia,
porque ellos jamás lograrán la armonía de nuestra glo-
riosa patria. ¿Con qué objetivo? El de sembrar el mie-
do y el odio entre los ciudadanos... (Deja de leer.) No
sigo más, no me quiero poner pesado. ¿Qué les ha
parecido?

CARRANZA. Sobrecogedor.

GUTIÉRREZ. E irrefutable, absolutamente irrefu-
table.

ONTIVEROS. Eso pienso yo, en mi modesta opi-
ni3n.

CARRANZA. Después de unos argumentos tan
impecables, lo mejor será que comencemos a trabajar
con todo el ahínco que requiere la causa.

GUTIÉRREZ. Muy bien dicho.

Cada uno se dirige a su pupitre. Se sientan y co-
mientan a realizar su trabajo. La luz baja lenta-
mente, mientras la música cobra importancia.

SEGUNDA ESCENA

El espacio se vuelve a iluminar. Cada uno sigue trabajando.

CARRANZA. (Apartando los papeles que está leyendo.) Ya estoy harto de leer este guión de Pérez Roncero, es inadmisibile.

ONTIVEROS. ¿Tan censurable es? No lo tenía yo por un escritor peligroso. No olvide que se trata de un muy reputado procurador en cortes.

CARRANZA. No es peligroso. Sencillamente es malo, terriblemente malo y aburrido. No hay quién lo aguante.

ONTIVEROS. ¿Está haciendo un juicio de valor sobre un excelente escritor?

CARRANZA. Llámelo como quiera, pero es un bodrio.

GUTIÉRREZ. Seamos sinceros, señores, hemos de reconocer que en la mayoría de las ocasiones las historias que censuramos son mucho más interesantes y divertidas que aquellas impolutas a los que no se les

puede quitar ni una coma.

ONTIVEROS. (Alarmado.) Por Dios, Gutiérrez, esa aseveración es gravísima para un hombre que ocupa un cargo que conlleva tanta responsabilidad. Comprenda que me sería terriblemente desagradable dar parte de lo que acabo de escuchar.

GUTIÉRREZ. Naturalmente, esto nunca lo diría públicamente.

ONTIVEROS. Pero lo ha dicho, y es igual de reprochable. No se puede consentir que la subversión se extienda entre los propios censores.

GUTIÉRREZ. Yo nunca he sido subversivo.

CARRANZA. Por cierto, Ontiveros, quizás no sea el momento más indicado para decirlo, pero en los últimos tiempos hemos observado algo sorprendente en usted.

ONTIVEROS. ¿A qué se refiere?

CARRANZA. Nos puede explicar por qué se lleva a casa aquellos guiones que han sido clasificados como sexualmente obscenos.

ONTIVEROS. (Muy alterado.) ¡Yo no! ¿Por quién me toman?

CARRANZA. No lo niegue. Sería muy fácil de probar. Gutiérrez y un servidor sabemos que lo hace con la noble intención de atajar el camino al pecado y buscar soluciones, pero usted sabe que está prohibido sacarlos de este recinto porque podrían llegar a personas y lugares inapropiados, lo que podría repercutir muy negativamente en nuestro objetivo.

ONTIVEROS. Yo nunca he hecho eso.

CARRANZA. Lo sabemos, como también sabemos que no ha escuchado lo que ha dicho bromeando nuestro querido colega Gutiérrez.

Se miran los tres en un silencio tenso.

ONTIVEROS. Cierto, muy cierto. Ha sido una broma inofensiva.

CARRANZA. Así está mucho mejor. Con tanto ajetreo la mañana ha volado y va llegando el momento de hacer el alto para comer.

GUTIÉRREZ. Sí, es la hora.

CARRANZA. Yo, al menos, tengo prisa porque a primera hora de la tarde tengo proyección en la filmoteca.

GUTIÉRREZ. Eso es más entretenido que pasarse el día entre papeles. ¿Qué película va a ver?

CARRANZA. Una película italiana: «La pasión tiene cuerpo de mujer».

ONTIVEROS. ¡Peligro, Carranza, peligro! Sólo por el título, toda la película parece altamente repudiable.

CARRANZA. No se preocupe, me mostraré implacable, y para empezar ya hemos rechazado el título original. Aquí se estrenará como: Fuego en la noche.

ONTIVEROS. Más tolerable resulta, aunque fuego y noche son palabras peligrosas si se mezclan y se sacan del contexto adecuado.

CARRANZA. Lo tendré muy en cuenta.

ONTIVEROS. ¿Van a bajar a comer a la cafetería?

GUTIÉRREZ. Yo no. Los lunes siempre ponen fabada y no me sienta nada bien. El estómago me

arde.

CARRANZA. No es extraño con lo mal que la preparan.

ONTIVEROS. Pues a mí no me disgusta.

GUTIÉRREZ. Yo comeré aquí. Me ha preparado mi mujer un plato especial. Si ustedes gustan.

ONTIVEROS. Los maravillosos guisos de su esposa. Hay que ver cómo le cuida, Gutiérrez. No se la merece... ¿Qué ha preparado esta vez doña Elvira? ¿Lentejitas caseras? ¿Un sabroso estofado?

GUTIÉRREZ. No, esta vez ha hecho criadillas con almejas.

ONTIVEROS. Por Dios, Gutiérrez, no sea usted soez y chabacano.

GUTIÉRREZ. Lo siento. Es el nombre del plato por los ingredientes que lo componen.

ONTIVEROS. Al menos podría usar sinónimos menos groseros como chirlas con...

CARRANZA. ¿Con qué?

ONTIVEROS. Dejémoslo. Discúlpeme ante su señora por no probar su guiso y dígale que no dudo de sus exquisitas dotes culinarias, líbreme el cielo de tal desconsideración, sino que otras cuestiones de índole ético lingüístico me lo aconsejan.

GUTIÉRREZ. Ella se hará cargo.

ONTIVEROS. ¿Viene conmigo, Carranza?

CARRANZA. Me gustaría, pero como tengo algo de prisa y no demasiada hambre. Voy a probar este sugerente plato de censurable nombre que ha traído Gutiérrez.

ONTIVEROS. Está bien, como ustedes quieran. Nos veremos después de comer. Que les aproveche.

GUTIÉRREZ. Igualmente.

Sale Ontiveros.

CARRANZA. Lo del nombre del guiso ha estado muy bien. Se lo merecía.

GUTIÉRREZ. En realidad se trata de pisto con magro, pero no hay mucho en la merendera, y como Ontiveros se estira tan poco a la hora de invitar, me he

inventado un hombre que le quite las ganas de comer.

CARRANZA. Le comprendo, Ontiveros siempre se toma las excepciones como norma.

GUTIÉRREZ. Jamás lo he visto invitar a nadie.

CARRANZA. Creo que su madre lo tiene muy controlado. Todo el dinero que gana se lo entrega a ella para que lo administre. Su santa madre es famosa por sus grandes obras de caridad, pero tiene a su hijo a pan y agua.

GUTIÉRREZ. No tiene más que observar cómo viste. Seguro que lleva la ropa vieja de su difunto padre.

CARRANZA. Sólo estrenará traje el día que lo amortajen.

GUTIÉRREZ. A veces siento lástima por él. Me parece un hombre muy solitario y perdido.

CARRANZA. Lo es.

GUTIÉRREZ. Aunque puede ser muy peligroso cuando se le tiene en contra, y de eso quería advertirle, sobre todo después de que usted haya salido en mi

ayuda.

CARRANZA. Yo creo que es de los que dan muchas voces, pero hacen poco daño.

GUTIÉRREZ. No crea, él es muy rencoroso y tiene buenas agarraderas en las alturas. Seguro que será uno de los que ascienda tras los nuevos cambios que se avecinan, y entonces será más peligroso.

CARRANZA. ¿Tanto le teme?

GUTIÉRREZ. Ya no le temo, pero más de una faena ha hecho, incluso a mí intentó hacérmela tras una cruda disputa hace algunos años, por eso quiero que conozca el antídoto que le mantendrá protegido de Ontiveros si llega a necesitarlo.

CARRANZA. ¿Cuál es?

GUTIÉRREZ. Bastaría con mencionarle esta clave: A-143-H.

CARRANZA. ¿Qué significa?

GUTIÉRREZ. No lo sé con exactitud, aunque al escucharlo Ontiveros quedará pálido y mudo, y jamás intentará hacerle daño de una manera directa, aunque

le odie.

CARRANZA. No lo entiendo.

GUTIÉRREZ. Hay demasiadas cosas que usted todavía no sabe en esta casa y que le pueden ser muy útiles, y la principal de ellas pasa por el conserje del segundo sótano.

CARRANZA. ¿Se refiere a Cifuentes?

GUTIÉRREZ. Sí, al viejo Cifuentes.

CARRANZA. Nunca he entendido por qué le llaman Lucifer.

GUTIÉRREZ. Creo que al principio era por las iniciales de su nombre: Luis Cifuentes Fernández, aunque ese hombre es el mismísimo demonio.

CARRANZA. A mí me parece una buena persona, incapaz de hacer daño a nadie, a pesar de su aspecto tétrico.

GUTIÉRREZ. En ningún libro dice que el demonio sea una mala persona. Nadie teme al demonio por lo que hace, sino por lo que sabe, y Lucifer lo sabe todo de los funcionarios y de los jefes. Nada se le escapa

de lo que pasa en esta casa.

CARRANZA. ¿Nada?

GUTIÉRREZ. Ni un mínimo detalle. Todos los trapos sucios los tiene archivados en su prodigiosa memoria. Si el juicio final existe, allí estará Lucifer pasando lista.

CARRANZA. ¿Cómo sigue de conserje pudiendo haber prosperado con todo lo que sabe?

GUTIÉRREZ. Él vive modestamente y se siente a gusto en las profundidades del infierno y rodeado de expedientes. ¿Por qué se cree que tiene esos ojos enormes como un búho gigante que escudriña el bosque? Él nunca pide favores, sólo mira, lee y escucha.

CARRANZA. ¿Qué le pasó con Ontiveros?

GUTIÉRREZ. Hace siete años tuve un error grave que él magnificó y que me podría haber costado el puesto si hubiera llegado a hacerse público. Yo había escuchado algo sobre Lucifer, aunque no creía en su poder, pero estaba tan desesperado que bajé al sótano para hablar con él... Nada más verlo tuve miedo. Había tratado varias veces con él para pedirle documen-

tación, pero esa vez fue diferente. No iba a tratar con un conserje. Nada más verle me sentí dominado por la intensidad de su mirada.

CARRANZA. ¿Qué hizo?

GUTIÉRREZ. No hubo lugar para explicaciones, sólo me atreví a decir: Ontiveros, sin más. Lucifer esperó unos segundos, que me parecieron eternos porque me sentía un canalla, y respondió: A-143-H. No dijo nada más y jamás volvimos a hablar sobre ese tema.

CARRANZA. ¿Qué pasó después?

GUTIÉRREZ. Subí a la oficina. Ontiveros estaba redactando el informe que supondría mi despido fulminante. Mencioné la clave, y mano de santo. Lo rompió inmediatamente y jamás volvió a amenazarme, aunque de vez en cuando tengamos alguna que otra reprimenda que jamás llega a mayores.

CARRANZA. ¿Cómo se le pagan a Lucifer los favores?

GUTIÉRREZ. No se le ocurra ofrecerle nada, sería su perdición. Por eso es el mismísimo demonio,

porque no se le pueden pagar los favores y siempre estaremos en deuda con él. Nuestra alma de funcionario le pertenece. No queda más remedio que suplificar que nunca nos llame a su lado.

CARRANZA. Curioso individuo ese Lucifer. Me gustaría saber qué se esconde detrás de la clave de ese expediente.

GUTIÉRREZ. Ya le he dicho que no lo sé con certeza, aunque creo que tuvo algo que ver con acoso a menores.

CARRANZA. No me extrañaría. Con esa vida de anacoreta que lleva y teniendo una madre tan dominante.

GUTIÉRREZ. No tiene un lugar adonde ir y se tiene que refugiar en el único sitio donde lo admiten y se considera útil. Yo creo que empezó a escribir sermones para expiar su culpa, hasta que los ha convertido en su principal razón de ser.

CARRANZA. No sé lo que haría si se le acabara este trabajo. Ha nacido para ello y parece incapaz de hacer cualquier otra cosa que censurar y ejercer de

conciencia moral. Es la única manera que tiene de sentirse superior.

GUTIÉRREZ. Eso parece, pero no me fío. Estos tipos son como camaleones y siempre acaban adaptándose al entorno en el que viven porque carecen de cualquier principio y se venden a cualquier idea. Me temo que él sobrevivirá mucho mejor que nosotros cuando la censura desaparezca.

CARRANZA. Es posible. (Se acerca a la merendera.) Es una pena comerse este maravilloso pisto a palo seco.

GUTIÉRREZ. Por eso no se preocupe. Hoy tenemos de ordenanza a Fresnedilla, y con él siempre está asegurado el avituallamiento. Voy a buscarlo.

Cuando Gutiérrez sale, Carranza saca unas servilletas del armario y hace hueco en su mesa.

CARRANZA. (Cantando en voz baja.) Si me preguntas adónde voy, y si tú quieres saber quién soy, piensa que es fácil de averiguar. Yo soy censor, uo, uo, uo,... uo, uo, uo... Si yo tuviera unas tijeras, si yo tuviera unas tijeras, cuantas cosas cortarías.

Regresa Gutiérrez con una bota de vino.

GUTIÉRREZ. (Ofreciéndole la bota.) Fresnedilla nunca falla, siempre tiene una bota de guardia llena de buen Valdepeñas para cuando la situación lo requiere.

CARRANZA. (Después de beber.) Es un auténtico profesional.

GUTIÉRREZ. (Mientras comen.) Le he escuchado cantar desde fuera. Parecía usted muy animado.

CARRANZA. De vez en cuando me gusta cantar en voz alta. Cuando uno pasa tantas horas solo al día necesita una forma de animarse. De ahí que muchas veces hable y cante en voz alta. La soledad puede ser muy mala compañera.

GUTIÉRREZ. Me extraña que pase usted solo ni un segundo al día. Con la enorme lista de mujeres que guarda en su cuaderno. Ha de tener la agenda más apretada que un dentista de los que no hacen daño.

CARRANZA. (Más serio.) Verá, Gutiérrez, no siempre es oro todo lo que reluce.

GUTIÉRREZ. ¿A qué se refiere?

CARRANZA. (Dudando.) A que no todo lo que se imagina sobre mí es cierto. A veces tiendo a exagerar.

GUTIÉRREZ. Explíquese.

CARRANZA. Supongo que algún día lo tendría que contar, y usted es una buena persona que no se burlará de mí... Mi vida es mucho más dura de lo que supone.

GUTIÉRREZ. (Sorprendido.) ¿Ha dejado embarazada a alguna de sus amantes?

CARRANZA. Peor, mucho peor.

GUTIÉRREZ. ¿A varias?

CARRANZA. El problema es que no existen esas amantes. Lo que le he contado es mentira. No soy un don Juan ni un Casanova, ni siquiera un mal conquistador.

GUTIÉRREZ. Pero si yo he visto repleto su cuaderno con números de teléfono de infinidad de mujeres.

CARRANZA. Es cierto que lo está, pero todos los números los he sacado de la guía de teléfonos. Me

sentía ridículo con un cuaderno en blanco. No tenía a nadie a quién llamar, y me entretuve llenándolo con números que sacaba de la guía.

GUTIÉRREZ. Pero, ¿y las llamadas? Yo le he visto muchas veces al teléfono.

CARRANZA. Inventadas. No podía reconocer que soy un cobarde y que me cuesta mucho trabajo relacionarme con las mujeres.

GUTIÉRREZ. (Triste.) Nunca lo hubiera imaginado. Yo pensaba que usted era pura dinamita y me alegraba de tenerlo como amigo. Siendo cómplice de un mujeriego me sentía más hombre, como si yo también conociera el método para seducir a las mujeres más hermosas.

CARRANZA. No hay tal método.

GUTIÉRREZ. Es una pena, pero hay que aceptar la realidad.

CARRANZA. ¿No me guarda rencor por haberle mentido?

GUTIÉRREZ. Por supuesto que no.

CARRANZA. Gracias.

GUTIÉRREZ. Usted ha provocado que mi imaginación estuviera alerta. Aquí nos pasamos todo el tiempo prohibiendo, y de vez en cuando uno necesita saltarse esas prohibiciones. Yo soy un mal pecador, Carranza. Sólo de pensamiento hacia mi suegra cada vez que hace trampas con las cartas, para lo demás siempre he sido muy obediente. Sus pecados han sido mi vía de escape y eso es bueno.

CARRANZA. Le envidio, Gutiérrez, usted tiene una mujer a la que ama y unos hijos de los que se siente orgulloso. Usted lo tiene todo, mientras yo soy un pobre desgraciado que no sabe vencer a la soledad, y he tenido que inventarme un mundo maravilloso para parecer importante.

GUTIÉRREZ. Entonces, ¿qué hace cuando sale de la oficina?

CARRANZA. Me paso muchos días encerrado en casa leyendo los libros prohibidos que me pasa un colega de la sección de literatura. A veces voy al cine y recompongo en mi imaginación las escenas que hemos cortado, y la mayor parte del tiempo lo paso de-

lante de la televisión pensando que algún día tiene que cambiar mi situación, pero no encuentro el final de este túnel.

GUTIÉRREZ. Ya verá como al final todo se arregla. Usted todavía es muy joven y tiene toda la vida por delante. No le faltaran oportunidades de conocer a mujeres hermosas.

CARRANZA. Eso llevo pensando desde hace muchos años, pero nunca pasa nada que cambie mi situación.

GUTIÉRREZ. Cuando menos lo espere saltara la liebre. Aún está a tiempo de convertirse en un temible libidinoso.

CARRANZA. Dios le oiga... (Mira el reloj.) Ha llegado la hora de irme, pero antes le voy a pedir un favor.

GUTIÉRREZ. Lo que usted diga.

CARRANZA. No comente nada de esto con Ontiveros. No podría soportar sus discursos moralistas. Prefiero que me tenga por un vividor irrecuperable que por un reprimido que ni siquiera es capaz de pe-

car, salvo de pensamiento.

GUTIÉRREZ. No se preocupe, no le diré ni una sola palabra.

Carranza recoge su gabardina y se dispone a salir.

GUTIÉRREZ. Espere, le acompaño hasta la cafetería, el café no lo perdono.

Salen los dos y la luz se apaga.

TERCERA ESCENA

Entra Ontiveros y al comprobar que no hay nadie más en el despacho abre el archivador y busca entre unos papeles. Saca un folio y lee.

ONTIVEROS. Queridos fieles: hoy tengo la obligación de hablaros de algo que nos ha de mantener alerta y que en circunstancias normales puede ser hermoso, pero que en los últimos tiempos se está convirtiendo en una de las principales fuentes de pecado: el baile. Sí, hermanos, ese inocente baile con el que todos hemos disfrutado y que es uno de los principales símbolos culturales de nuestra amada patria. Cómo no recordar las hermosas jotas, las sevillanas, muñeíras, fandangos y hasta sardanas. Todos bailes nobles cuya contemplación recrea la vista y que han sido vehículo de expresión durante muchas generaciones para nuestros jóvenes. Hasta se podrían incluir en esta lista bailes más modernos como el chotis y el pasodoble en los que aumenta el contacto físico entre los bailarines, puesto que la mano se apoya sobre la cintura de la pareja con el único fin de acompañar el ritmo de la danza. Pero cuando esa mano pretende alcanzar objetivos siniestros, y se olvida de su fin prin-

cial, ese baile se convierte en una danza macabra inducida por el demonio. Sí, mis amados fieles, hoy tengo que hablaros de esos bailes que se desarrollan en la oscuridad y con alevosía. Esas danzas rituales que se realizan en lo que se ha dado llamar guateques, que no son otra cosa que reuniones subversivas que tienen como fin la perdición de los jóvenes a través de músicas herejes y del refocile de los cuerpos, y que siempre acaban en tragedia. Vuestros hijos, que creéis puros e incorruptibles, corren un terrible peligro en la actualidad. A través de unos ritmos demoniacos son inducidos por individuos desalmados a reunirse en lugares inhóspitos, clandestinos, donde embriagados por el alcohol, una música perversa y la tenebrosa oscuridad son obligados a realizar movimientos lascivos y tocamientos impúdicos que les conducen a la antesala del infierno. Nuestra obligación como fervorosos creyentes es estar más alerta que nunca para tratar de evitar el terrible peligro que acecha a nuestros hijos. Sí, porque precisamente este mal se ceba con los más débiles, con los jóvenes que carecen de una formación espiritual sólida...

Entra Gutiérrez y Ontiveros se calla.

GUTIÉRREZ. Perdón, ¿le he interrumpido?

ONTIVEROS. No se preocupe, sólo estaba repasando uno de mis últimos textos. Nada importante.

GUTIÉRREZ. ¿Algún encargo de un obispo?

ONTIVEROS. No, aunque es posible que algún día se estrene.

GUTIÉRREZ. Seguro. ¿Ha comido bien?

ONTIVEROS. Todo lo bien que se puede comer en la cafetería de un establecimiento oficial.

GUTIÉRREZ. Por cierto, ¿ha tenido tiempo de examinar detenidamente las nuevas normas de censura cinematográfica por las que nos tendremos que regir?

ONTIVEROS. Sí, las le leído con gran rigor.

GUTIÉRREZ. ¿Qué le parecen?

ONTIVEROS. Me parecen adecuadas, aunque se pueden convertir en peligrosas si no se aplican con rigor.

GUTIÉRREZ. Yo no entiendo mucho de lenguaje jurídico, pero a mí en su conjunto me parecen casi

iguales a las que teníamos anteriormente.

ONTIVEROS. Por Dios, no hay comparación posible. Fíjese, sin ir más lejos, en la norma número nueve.

GUTIÉRREZ. ¿Cuál es?

ONTIVEROS. Ya debería saberla de memoria.

GUTIÉRREZ. Hombre, hasta que no entren en vigor.

ONTIVEROS. Dice textualmente: Se admitirá el desnudo siempre que esté exigido por la unidad total del filme, rechazándose cuando se presente con intención de despertar pasiones en el espectador normal o incida en la pornografía... No me dirá que alguien podrá decir que el nuevo código no es muy permisivo.

GUTIÉRREZ. Puede que sí. Lo que yo no entiendo es cómo puede saberse si un desnudo se presenta con intención de despertar pasiones en un espectador normal, y, sobre todo, ¿qué es un espectador normal? ¿Cómo se puede medir el grado de normalidad de los espectadores?

ONTIVEROS. A veces puede ser usted excesivamente quisquilloso, y se hace demasiadas preguntas.

GUTIÉRREZ. Supongo que las mismas que se haría mucha gente.

ONTIVEROS. Para velar por esos detalles y por el cumplimiento de todas las normas se creará una nueva comisión de lectura de guiones, en la que es posible que tenga el honor de pertenecer.

GUTIÉRREZ. ¿Quién estará representado en esa comisión?

ONTIVEROS. Esta información todavía es confidencial y sería muy grave si se filtrara a la prensa. Supongo que lo entenderá.

GUTIÉRREZ. Claro que lo entiendo, pero usted sabe que es un tema que me concierne directamente y que no soy ningún chivato.

ONTIVEROS. Está bien, se lo diré si me promete que no saldrá de aquí. Ni siquiera se lo dirá a Carranza.

GUTIÉRREZ. De acuerdo, se lo prometo.

ONTIVEROS. La junta estará compuesta por cua-

tro funcionarios de Información y Turismo, incluyendo al presidente de la junta. También habrá cuatro jueces magistrados. Uno de la jurisdicción ordinaria, otro de trabajo, otro de peligrosidad social y otro de orden público. Así mismo, se incluirán a dos sacerdotes dominicos.

GUTIÉRREZ. ¿Por qué dominicos?

ONTIVEROS. Porque se ha estimado que son los más adecuados para debatir sobre este tema.

GUTIÉRREZ. ¿Esos serán todos los miembros?

ONTIVEROS. No, aún quedan más. En la junta han de estar representados todos los estamentos sociales.

GUTIÉRREZ. Pues siga con los que faltan.

ONTIVEROS. Habrá un economista, un guionista, un crítico de cine, un periodista y programador de televisión española, un policía y un miembro de la Delegación de la Juventud.

GUTIÉRREZ. Impresionante.

ONTIVEROS. Eso no es todo. A estas dieciséis

personas se les añadirán otras ocho para formar la comisión enjuiciadora de películas, con el fin de que el control sea más exhaustivo.

GUTIÉRREZ. ¿De dónde saldrán esas ocho?

ONTIVEROS. Tres serán militares, posiblemente un general y dos coroneles. También habrá un guardia civil, una madre de familia, una miembro de la Sección Femenina, un funcionario del Ministerio de Educación y Ciencia y un funcionario administrativo. Creo que ya están todos.

GUTIÉRREZ. No son pocos.

ONTIVEROS. Se me olvidaba añadir que se ha estipulado que la edad media de la junta ha de estar en torno a los cuarenta y nueve años.

GUTIÉRREZ. Menudo caos. Se me hace muy difícil que entre todos se puedan poner de acuerdo en dictaminar lo que se puede entender por un hombre normal y el grado de desnudez que puede asimilar sin que se levante su pasión.

ONTIVEROS. Se hará, no lo dude que se hará de una manera impecable.

GUTIÉRREZ. No lo dudo, y ahora he de seguir trabajando con ahínco para estar a la altura de una junta tan importante.

ONTIVEROS. ¿Dispone de unos minutos antes de continuar con su jornada laboral?

GUTIÉRREZ. Sí, claro.

ONTIVEROS. Aprovechando la mutua confianza que nos hemos demostrado, porque no dudo que es reciproca, quería hablarle de algo que últimamente me preocupa mucho.

GUTIÉRREZ. Diga.

ONTIVEROS. Me refiero a Carranza, a nuestro entrañable compañero Carranza.

GUTIÉRREZ. ¿Qué le pasa?

ONTIVEROS. Usted, que es un hombre muy observador, también se habrá dado cuenta de que su actitud en los últimos meses no parece acorde con lo que se espera de alguien que realiza una función que conlleva tan alta responsabilidad.

GUTIÉRREZ. Yo no le he notado nada extraño.

Me parece un funcionario muy eficiente.

ONTIVEROS. No me refiero a su trabajo, sino a su actitud personal, a sus ademanes que incitan a la provocación, a su falta de humildad, a la ausencia de un mínimo recato.

GUTIÉRREZ. No me suelo meter en la vida privada de mis compañeros de trabajo mientras sean eficientes en su labor.

ONTIVEROS. No se trata solo de una cuestión que me ataña a mí. Usted sabe que yo no soy un cotilla que pretenda aprovecharse de las circunstancias, no es mi estilo.

GUTIÉRREZ. Desde luego que no.

ONTIVEROS. Pero me consta que don Alberto ha mostrado cierta inquietud. Es natural, ya que se interesa mucho por el personal de esta oficina.

GUTIÉRREZ. (Molesto.) ¿Qué le ha contado?

ONTIVEROS. Nada, yo no le he dicho nada.

GUTIÉRREZ. Más le vale.

ONTIVEROS. ¿Me está amenazando, Gutiérrez? No sería propio después de la confianza que le he mostrado.

GUTIÉRREZ. Claro que no le amenazo, tampoco es mi estilo. Para amenazarle tendría que saber algo que deseara ocultar a don Alberto. Y usted no es una de esas personas que tienen algo que ocultar. Su vida tanto laboral como privada es inmaculada. ¿No es así, Ontiveros?

ONTIVEROS. Por supuesto que lo es.

GUTIÉRREZ. Entonces no tiene nada que temer, al igual que Carranza, ¿verdad?

ONTIVEROS. Supongo que no.

GUTIÉRREZ. Ahora, si no tiene nada más que comentar, hemos de continuar trabajando o estaremos defraudando a nuestros jefes y a nuestra patria.

ONTIVEROS. Desde luego, trabajemos.

Los dos se sientan en su mesa y comienzan a revisar papeles. La luz se apaga.

CUARTA ESCENA

Entra Carranza y se dirige hacia el archivador.

CARRANZA. (Cantando.) Yo no tengo padre, yo no tengo madre, yo no tengo a nadie que me quiera a mí. Yo no tengo padre, yo no tengo madre, yo no tengo a nadie que me quiera a mí. Yo no tengo ni padre ni madre que alivien mis penas. Censor soy, yo soy censorcito.

Después de coger una carpeta, se dirige a su mesa y la examina. Saca un papel y toma notas. Sigue repitiendo la canción hasta que entra Ontiveros.

ONTIVEROS. Muy madrugador esta mañana, Carranza.

CARRANZA. Ya ve, hoy me he levantado con enormes ganas de trabajar. Espero que se me pasen a lo largo del día.

ONTIVEROS. ¿Qué tal fue la proyección?

CARRANZA. Muy bien, sólo tuvimos que cortar cuatro escenas. El resto estaba dentro de lo permisible con reparos, aunque como película era bastante

floja.

ONTIVEROS. Suele ocurrir.

CARRANZA. Tengo que redactar el informe y enviárselo a don Alberto para que se pueda dar el certificado de distribución.

ONTIVEROS. Yo comenzaré a revisar un guión que no creo que podamos admitir.

CARRANZA. ¿Cómo se titula?

ONTIVEROS. «Tres psicópatas en el noviciado». De entrada ya resulta repulsivo, denota que ha sido escrito por un desquiciado.

CARRANZA. Parece que en este negocio abundan los degenerados, aunque muchos prefieren que los llamen artistas.

ONTIVEROS. Sí, yo tengo la sensación de que ese título últimamente se regala.

CARRANZA. Voy a seguir con el informe.

ONTIVEROS. ¿Qué planes tiene usted para el futuro, Carranza?

CARRANZA. ¿Para el futuro de unas cuantas horas o para el futuro en mayúsculas? Porque para mí existen muchos tipos de futuro, aunque sólo me preocupa es más cercano, que por lo general suele llegar hasta la noche del día en que vivo.

ONTIVEROS. Me refiero a si piensa llegar muy lejos en su actual status funcional.

CARRANZA. Lo dice de un modo que parece amenaza, como si tuviera mi porvenir en sus manos.

ONTIVEROS. Nada de eso. Sentía curiosidad por conocer sus aspiraciones laborales. Como sabrá, se acercan cambios importantes en este departamento y usted no siempre se ha mostrado favorable a la actividad ética y cultural que realizamos.

CARRANZA. Pues mire, Ontiveros, si le digo la verdad no pienso llegar muy lejos como censor, como creo que tampoco lo harán usted ni Gutiérrez. Yo creo que esos importantes cambios que se anuncian con la promulgación de las nuevas normas de censura, en muy poco tiempo no servirán para nada. De aquí a cuatro días todos a rezar, Ontiveros, y yo hace mucho tiempo que no practico. Creo que se me ha olvidado y

no tengo interés en volver a aprender.

ONTIVEROS. Esas palabras se pueden tomar como un insulto a sus superiores.

CARRANZA. O también como un insulto al futuro, así que tómelas como quiera, pero sabe muy bien que no voy muy desencaminado. Todo tiene un final.

ONTIVEROS. En el peor de los casos, aún está muy lejos el día en que se tomen medidas drásticas. Y hasta entonces hay que seguir al pie del cañón, con más interés que nunca.

CARRANZA. Parece que algunos estamos en la boca de ese cañón, y muy pronto nos puede estallar un proyectil en la cabeza.

ONTIVEROS. ¿Qué está insinuando?

CARRANZA. Nada, sólo digo que cuando llegue el momento del naufragio aquí no habrá héroes que ayuden al salvamento de los demás. Seremos muchos los que tratemos de sobrevivir pisándole el cuello al que tengamos al lado, sea quien sea. Y los que estemos en la sala de máquinas, en lo más profundo del barco, lo tendremos muy crudo para salir a flote.

ONTIVEROS. No esperaba esas palabras de usted. De seguir con esa actitud hostil me veré obligado a elevar un informe de lo que ocurre en este despacho.

CARRANZA. Hágalo. Yo, al menos, procuro decir lo que pienso en todos sitios, y no dependiendo de quién sea mi interlocutor.

ONTIVEROS. No lo haga más grave o lo lamentará.

CARRANZA. Intentaré ser un buen chico, se lo prometo.

ONTIVEROS. Más le conviene.

CARRANZA. Por cierto, Ontiveros, quería preguntarle algo, puesto que usted lo sabe casi todo.

ONTIVEROS. Pregunte.

CARRANZA. Ayer estuve tratando de resolver un jeroglífico que vi en el periódico, pero no fui capaz.

ONTIVEROS. Yo no soy aficionado a esas actividades lúdicas. Me parecen muy perniciosas.

CARRANZA. Pero conoce como nadie al demonio, y precisamente de eso se trataba.

ONTIVEROS. Tengo conocimientos sobre el tema. ¿Qué salía?

CARRANZA. Un dibujo del demonio y debajo había algo parecido a una matrícula, creo que ponía: A-143-H. Pensaba que usted podría ayudarme. Si no sabe la respuesta desistiré y volveré a hacer crucigramas.

Ontiveros se queda mudo, sus manos se contraen y no puede reaccionar. Entra Gutiérrez.

GUTIÉRREZ. Buenos días, (al ver que los dos están muy serios) ¿les he interrumpido en lo más interesante de una conversación?

CARRANZA. No se preocupe. Se trataba de una charla trivial y amigable entre compañeros de trabajo.

GUTIÉRREZ. Hoy he sido yo el que se ha retrasado. Tenía que hacer una gestión que no admitía demora.

CARRANZA. ¿Se trata de algo importante?

GUTIÉRREZ. Puede serlo, pero hasta que no se

confirme no puedo adelantar nada.

ONTIVEROS. ¿Tiene algo que ver con el trabajo?

GUTIÉRREZ. Tal vez, es probable.

ONTIVEROS. ¿Le han hablado de los nuevos nombramientos?

GUTIÉRREZ. No van por ahí los tiros.

ONTIVEROS. No nos deje en ascuas, Gutiérrez.

GUTIÉRREZ. Sólo puedo decir que se trata de un tema personal que nada tiene que ver con ustedes ni con los cambios en el departamento. Y ahora, tengo que trabajar para estar a la altura de mis obligaciones.

CARRANZA. Todos a trabajar.

Gutiérrez coge una carpeta del archivador y se acerca a su mesa. Los tres comienzan a trabajar. Al poco rato Ontiveros se muestra muy alterado con lo que está leyendo.

ONTIVEROS. ¡Pero esto qué es! Es inadmisibile, completamente aberrante, una auténtica canallada.

GUTIÉRREZ. ¿Qué le ocurre esta vez?

ONTIVEROS. ¡Mis ojos no pueden dar crédito a lo que están leyendo! Es lo más repulsivo que he leído en mi vida. Esto merece la hoguera y su autor el garrote.

CARRANZA. No se altere, Ontiveros, o será perjudicial para su debilitada tensión.

ONTIVEROS. Yo a este tipo lo demando por injurias, blasfemias y todo tipo de delitos contra el honor.

GUTIÉRREZ. Hay que proceder con moderación. No es bueno exaltarse en nuestra profesión. Díganos lo que pone en ese texto.

ONTIVEROS. Escuchen y verán cómo es digno cuando menos de la perpetua.

Gutiérrez y Carranza dejan su trabajo y se acercan a la mesa de Ontiveros, que se prepara para leer.

ONTIVEROS. (Leyendo.) Interior convento, noche. En una de las celdas varias novicias se están despojando completamente de sus hábitos antes de meterse en la cama. Juegan con las prendas y se lanzan las almohadas entre risas.

CARRANZA. Sí que parece censurable, pero no hasta el punto de ejecutar al autor.

GUTIÉRREZ. Habría que saber si ese desnudo está exigido por la unidad global de la película o tiene el propósito de levantar pasiones en el espectador normal.

ONTIVEROS. Por Dios, Gutiérrez, eso no es todo, aun falta lo más grave.

CARRANZA. Continúe.

ONTIVEROS. Exterior noche, convento. Tres peligrosos criminales psicópatas que se han escapado del psiquiátrico se han encaramado a lo alto del muro del convento. Se han aproximado a uno de los ventanales, y a través de una rendija pueden observar los inocentes juegos de las novicias.

CARRANZA. La escena parece inquietante y lujuriosa. Prosiga.

ONTIVEROS. Sus miradas denotan ansiedad y sus ojos adquieren un brillo sanguinario. Por el tejado se dirigen hacia el patio enclaustrado. Consiguen entrar en el convento y, al llegar a la puerta de la celda donde

ya duermen las novicias, el cabecilla del grupo, Ontiveros, se dirige a sus secuaces, Gutiérrez y Carranza. (Deja de leer el guión.) ¿Se dan cuenta de la magnitud de la ofensa? Esto no puede quedar así, hemos de tomar medidas drásticas contra este energúmeno. Llegar hasta las más altas instancias para pedir justicia.

GUTIÉRREZ. ¿Quién firma el guión?

ONTIVEROS. Un tal Tomás de Aquí No. Encima con recochineo, pero se va a enterar ese sacrílego criminal de quién soy yo. Vaya que si se entera.

CARRANZA. (A Gutiérrez con complicidad.) ¿Usted cree que se trata de él?

GUTIÉRREZ. Desde luego, no puede ser otro. Recuerde que ya nos había avisado.

CARRANZA. Sólo él sabe quiénes estamos bajando en este despacho.

ONTIVEROS. (Alterado.) ¿Pero de qué están hablando? ¿Cómo es posible que no se muestren tan indignados como yo ante este terrible ultraje que exige venganza?

CARRANZA. Vamos, Ontiveros, no se altere. Ese texto se trata de una broma.

GUTIÉRREZ. Puede que un tanto pesada, pero Tomás Ribalta ya nos había avisado de que alguna vez se vengaría por todas las escenas que le hemos cortado.

ONTIVEROS. No sé lo que harán ustedes, pero yo no puedo perdonar una afrenta de este calibre.

GUTIÉRREZ. Pues a mí no me disgusta del todo ser protagonista de un guión, a pesar de que sea como un terrible asesino.

CARRANZA. Hay que reconocer que Ribalta es uno de los mejores. Da gusto leer lo que escribe, aunque sea censurable. (A Ontiveros.) Y usted no debería quejarse, le ha permitido ser el jefe de los psicópatas.

ONTIVEROS. Tengo la sensación de que ustedes están rebajando el nivel de vigilancia ante los instigadores subversivos.

CARRANZA. Por favor, Ontiveros, no nos cuente otro de sus rollos moralistas. Ya los conocemos todos.

ONTIVEROS. ¿Cómo se atreve?

Suena el teléfono de la mesa de Gutiérrez.

GUTIÉRREZ. Si me disculpan. (Coge el teléfono.)
Diga...

Sí, don Alberto, dígame...

Por supuesto que estoy convencido. Se lo explicaré todo con gran detalle, si me lo permite...

Como usted diga, don Alberto...

Ahora mismo subo, don Alberto. (Cuelga el teléfono.)

Carranza y Ontiveros lo miran muy serios.

GUTIÉRREZ. Tengo cita en la cumbre, caballeros.

CARRANZA. ¿De qué va a hablar con él?

GUTIÉRREZ. De cuestiones personales. Uno tiene que velar por su futuro y el de su familia. Eso es lo único importante.

ONTIVEROS. ¿Está dispuesto a contarle lo que

aquí ocurre?

GUTIÉRREZ. Ahora no tengo tiempo para hablar. El jefe me ha llamado y tiene mucha prisa. Hasta mañana no les podré contar todo. Después de hablar con el jefe tengo que hacer una visita urgente. (Se marcha.)

ONTIVEROS. Esa reunión me da muy mala espina.

CARRANZA. ¿Por qué?

ONTIVEROS. Porque temo que Gutiérrez nos pueda traicionar.

CARRANZA. Eso es una barbaridad.

ONTIVEROS. Ese hombre en apariencia intachable, de sólida moral y leal trabajador, puede habernos vendido por unas miserables monedas.

CARRANZA. No siga.

ONTIVEROS. Quién iba a pensar que el yerno de doña Josefina Retamal era un esquirolo que se aprovechaba de sus compañeros para conseguir su ascenso personal.

CARRANZA. Lo que dice es una sarta de sandeces. Gutiérrez jamás haría eso.

ONTIVEROS. Fíese del diablo, Carranza, que puede presentarse como un impecable padre de familia y sumirnos en un mar de dolor. Ya me lo imagino delante de don Alberto hablándole de sus actividades subversivas y libidinosas, y quién sabe la sarta de canalladas que estará inventando sobre mi persona. Todo por lograr un puesto en la nueva comisión, por eso me quería sonsacar.

CARRANZA. No pienso seguir escuchándole. Yo me fío de Gutiérrez, es mi amigo y sé que no me traicionaría.

ONTIVEROS. Jesús también llamó amigo a Judas, y vea la que armó.

CARRANZA. Por favor, Ontiveros, no sea usted pelmazo y déjeme trabajar. No necesito que usted vele por mi bien. (Deja de prestarle atención y sigue trabajando.)

ONTIVEROS. (Bajando el tono de voz.) Si ya sabía yo que no era de fiar. Se trata de un trepa que está

dispuesto a pisar a sus compañeros, a sus únicos amigos. (Al darse cuenta de que Carranza no le presta atención se calla.) La luz se apaga.

QUINTA ESCENA

Entra Gutiérrez y comienza a guardar sus efectos personales mientras deja el material de trabajo en el archivador. Parece muy animado. Entran Ontiveros y Carranza y le miran sorprendidos.

GUTIÉRREZ. (Sin dejar de recoger.) Buenos días, caballeros.

ONTIVEROS. ¿Qué está haciendo, Gutiérrez?

GUTIÉRREZ. Ya ven, recogiendo todas mis pertenencias.

CARRANZA. ¿Por qué?

GUTIÉRREZ. Porque me voy. Me han concedido el traslado y dejo de ser un censor.

CARRANZA. ¿Adónde va?

GUTIÉRREZ. Solicité la plaza que había vacante de escribiente en el registro y me la han adjudicado.

ONTIVEROS. Pero eso supone un grave retroceso en su carrera como funcionario.

GUTIÉRREZ. ¿Y qué?

ONTIVEROS. Va a tirar por tierra más de veinte años de trabajo y renunciar a todos los puntos adquiridos en este destino.

GUTIÉRREZ. Me da igual.

CARRANZA. También se resentirá el sueldo que cobre al ser inferior la categoría del otro puesto.

GUTIÉRREZ. Exactamente en un quince por ciento. He estado haciendo todo tipo de cálculos, lo he consultado con mi esposa y creo que lo podemos asumir. He llegado a la conclusión de que la única que se podría quejar por el traslado era mi suegra, lo que supone un aliciente adicional para tomar esta decisión.

ONTIVEROS. No puedo comprenderlo, es inaudito. Cuando le faltaba muy poco para lograr un importante ascenso dentro del nuevo organigrama, renuncia a este trabajo privilegiado.

GUTIÉRREZ. No le pido que lo entienda.

CARRANZA. Yo creo que sí puedo hacerlo.

GUTIÉRREZ. Los problemas económicos se pueden solucionar. Si es necesario puedo buscar algún

trabajo complementario. En cuanto al prestigio funcional, después de muchos años de trabajar en esta casa, es algo que me trae sin cuidado, pero hay algo mucho más importante.

ONTIVEROS. ¿Qué es más importante?

GUTIÉRREZ. Por fin podré mirar a mis hijos a la cara. Ya no me sentiré culpable cada vez que escuchen un disco prohibido, o les pasen una novela peligrosa, y hasta puede que yo me una a ellos sin afán inquisidor cuando vayan al cine. Hay cosas que no tienen precio, y entre ellas están la dignidad y tener la conciencia tranquila.

ONTIVEROS. No hay trabajo más digno que el que se realiza en esta oficina. Aquí trabajamos por el bien de sus propios hijos, para que su conciencia no se vea enturbiada.

GUTIÉRREZ. Puede que lleve razón, pero ya no lo creo. La censura solo sirve para alimentar el deseo de saltársela. Durante mucho tiempo me he ocultado. Aquí estaba obligado a sentirme a importante. Yo tenía el poder sobre aquellos que nos remitían sus trabajos. Pero cuando salía a la calle, tenía ganas de escon-

derme, sentía pánico de que alguien me pudiera descubrir en plena calle y dijera: por ahí va un censor. Me sentía igual que un peligroso criminal. Ahora seré un anónimo y orgulloso escribiente que podrá estar de acuerdo o en desacuerdo con lo que hagan sus hijos, pero que no se sentirá un canalla cuando ellos pongan a parir a la censura.

CARRANZA. Me alegro de verle tan animado. Quizás pronto pueda tomar una decisión tan valiente como la suya.

ONTIVEROS. No puedo creer lo que estoy viendo. No puedo creer que piensen que lo que estamos haciendo no tiene ningún sentido.

CARRANZA. Yo cada vez confío menos en que lo tenga.

GUTIÉRREZ. Puede que lo tenga, pero no el sentido que nosotros imaginamos.

ONTIVEROS. Lo tiene, nosotros tenemos la misión más importante de la sociedad.

GUTIÉRREZ. Anoche no dormí, me pasé el tiempo pensando en ello. En el futuro, puede que bastante

cercano, no habrá censura, se podrá escribir todo lo que se quiera sin encontrar limitaciones.

ONTIVEROS. ¡Qué barbaridad!

GUTIÉRREZ. En el cine se exhibirán imágenes que nosotros no seríamos capaces de imaginar en nuestras peores pesadillas, y en la televisión habrá infinidad de canales que se pelearan por tener los programas más impactantes, por ser los mejores, y pocas cosas venderán tanto como los escándalos y perversiones de todo tipo.

ONTIVEROS. Está hablando del infierno.

GUTIÉRREZ. Puede que lo sea, y puede que no. Después pensé que si se deben llenar tantos libros, revistas y horas de programación en cine y televisión, cualquier cosa será válida. Todo será llamado arte, cualquier individuo puede ser un artista.

CARRANZA. En eso no va desencaminado.

GUTIÉRREZ. Después de todo eso, he imaginado que algún día, cuando la censura sea una remota etapa de nuestra historia, alguien puede que piense en la labor cultural que hicieron los censores... Nunca lo

podrá reconocer en público, pero ese individuo imaginará que ellos fueron los que obligaron a pensar a los artistas para saltar unas barreras que los mediocres jamás podrían salvar.

CARRANZA. ¿Usted cree que alguien lo llegará a pensar algún día?

GUTIÉRREZ. No lo sé, pero al menos guardo esa esperanza para no sentir que lo hecho no ha servido para nada.

ONTIVEROS. Eso no pasará nunca, no puede ser.

GUTIÉRREZ. (Terminando de recoger sus cosas.) Ha llegado el momento de mi partida, tengo que incorporarme a mi nueva oficina.

CARRANZA. Aquí siempre tendrá un amigo.

GUTIÉRREZ. Lo sé.

Se abrazan mientras Ontiveros se acerca lentamente.

ONTIVEROS. Lamento su marcha, Gutiérrez. Creo que se equivoca con esta decisión precipitada, aunque acepto su huida.

GUTIÉRREZ. (Mientras le da la mano.) En este momento sólo se me ocurre decirle lo mismo que le dijo mi difunto abuelo Severiano al obispo Hermida después de la celebrada homilía que este pronunció tras las inundaciones del año treinta.

ONTIVEROS. ¿Qué le dijo?

GUTIÉRREZ. Menos sermones y más jamones.

Ontiveros se queda callado mientras Gutiérrez coge su cartera y se marcha. Ontiveros se sienta y comienza a llorar amargamente. Carranza comienza a cantar.

CARRANZA. No, no somos ni Romeo ni Julieta, ni estamos en la Italia medieval. Solo somos censores de la España tradicional... No, no somos ni Romeo ni Julieta, ni estamos en la Italia medieval. Solo somos censores de la España tradicional.

Sigue tarareando la canción cuando Ontiveros se levanta y salen los dos mientras las luces se apagan.